

de las muestras de la preocupación de don Víctor por lo infantil, preocupación que le llevó a publicar la revista *Chanchito*, única en Colombia, tanto por su objetivo como por lo selecto de su material.

Si el señor Caro fue matemático insigne, poeta inspirado y gran prosista, se le recordará siempre también por sus gestos hidalgos de todas las horas, por su amable manera de tratar a sus amigos y por el agrado de su conversación, tan discreta como ingeniosa y sabia. En el elogio que escribió sobre don Hernando Holguín y Caro hay unas líneas que muy bien se pueden aplicar a su propia persona: "Aires tenía, porte y maneras de grande y magnífico señor, que provocaban darle el título de merced o excelencia, y era su trato ingenuo, festivo y afable como otro no he conocido."

Ese fue don Víctor Eduardo Caro, artista, sabio y, sobre todo, varón ejemplar, cuyo recuerdo será imborrable y cuya obra constituirá un orgullo para las letras nacionales.

ALBERT THIBAUDET Y LA CRITICA MODERNA

Desde los tiempos de las antiguas culturas helénicas, la crítica ha sido uno de los géneros literarios de más noble provecho y de mayor interés, para los pueblos que persiguen un ideal de civilización y una tradición cultural continuamente renovada. Los escritores griegos comprendieron esta verdad, y sus obras han resistido por eso el influjo de varios millares de años. Y así puede decirse hoy, que Herodoto, a través de la maravillosa historia de su pueblo, hizo labor crítica, analizando las costumbres y la moral de su época, estudiando las causas y los efectos de los fenómenos sociales. Homero, Sófocles y Esquilo, reflejaron en sus obras poéticas y dramáticas las tendencias sociales y políticas de sus contemporáneos y como observadores imparciales de su tiempo, pueden ser considerados igualmente como críticos de la humanidad. Las obras de Platón, de Sócrates y de Aristóteles, son también, a su manera, ensayos críticos del hombre, de la sociedad, de la vida. Y esto mismo que se dice de la crítica en la cultura griega podría decirse en forma idéntica con relación a la cultura egipcia y a la romana, a la indú y a la china. Los grandes humanistas de la Edad Media fueron, asimismo, eminentes críticos humanos, a quienes preocuparon los problemas de las relaciones del hombre con Dios y con el mundo, las funciones primordiales de la materia y el espíritu. Por tanto, la crítica ha sido siempre la disciplina ordenadora del conocimiento, que orienta la mente humana hacia la verdad y concretiza los sentimientos, las ideologías y los deseos de los pueblos. La crítica resume en principios, la labor intelectual y material de varios siglos de esfuerzos humanos, proporcionándole al hombre en un momento dado la visión completa del origen, crecimiento y

muerte de una cultura. Se diría que es la ciencia de la asociación y de las analogías, de las descomposiciones y de la síntesis, o en términos distintos, la máquina depuradora del pensamiento humano.

Albert Thibaudet estaba dotado de las cualidades indispensables de un gran crítico. Había estudiado la historia de todos los pueblos; su geografía, sus costumbres, su moral, su religión, su cultura. Conocía a fondo los sistemas filosóficos antiguos y modernos y había esclarecido muchos de los múltiples misterios de la filología, de la política, de la economía. Espiritualmente poseía esa rara bondad de carácter, que hace juzgar con indulgencia y apreciar en su justo valor las obras de los hombres y el progreso de los pueblos. La geografía maravillosa de su provincia gascona influyó definitivamente en su estilo, haciéndolo vivaz, voluble en sus giros y prodigiosamente rico en bellas imágenes. De la burguesía francesa heredó Thibaudet la malicia de la expresión literaria y el gusto por las asociaciones de toda índole. La libertad misma en que discurrieron los años de su juventud, formó un criterio amplio, amante de la naturaleza y siempre ansioso de observar el desarrollo de las ideas, de los sentimientos y de las inclinaciones de sus semejantes. Esta admirable plenitud humana es la misma que alienta y vigoriza su vasta labor crítica. Thibaudet parece sentir las palpitaciones del mundo y alegrarse y llorar con todos los demás hombres. Como Bielinsky y como Zweig, ha vinculado a la crítica moderna el sentimiento del dolor humano, unificando inseparablemente las obras y los hombres de varias generaciones.

La crítica de Albert Thibaudet tiene una semejanza singular con la de otros críticos célebres como Taine y Sainte-Beuve, pues como ellos, buscó el equilibrio de sus conceptos en el estudio de las relaciones de las culturas antiguas y modernas. Sus ensayos son casi siempre la resultante de comparaciones y de inducciones entre cosas que fueron y cosas que son. Porque él creía con Montaigne que el espíritu humano es la consecuencia necesaria de multitud de factores sociológicos

y sentimentales, y que por consiguiente la verdad acerca del hombre sólo puede encontrarse en el pasado de la historia, en el análisis de los fenómenos de causalidad de las varias civilizaciones antiguas y modernas y en el estudio de las circunstancias y modalidades que influyen en el espíritu del hombre y modifican su manera de pensar, desvíen sus costumbres o hagan variar su religión. Por estos sistemas Thibaudet ha ideado un verdadero método científico, para investigar la verdad de cosas y acontecimientos pasados.

La obra crítica de Thibaudet no se fundamenta ni en su gran erudición científica, ni tampoco en el célebre método intuicionista de Bergson, como han pretendido sostener algunos. Desdeñaba los métodos unilaterales, que dan solamente una visión parcial de los fenómenos, y dejan en la oscuridad los principales aspectos de la crítica. Sus ensayos abarcan todos los factores cooperantes en la elaboración de una obra; desde las simples afecciones sentimentales que han conmovido al escritor en un determinado momento, hasta el análisis de las costumbres de su época, de la geografía de la región y de las variaciones del idioma en que ha escrito. Es natural suponer que como profundo conocedor de los sistemas filosóficos de todos los tiempos, hubiese apreciado e incluso sentido predilección por la filosofía de M. Bergson, la cual en su admirable dualismo de lo racional y lo instintivo, parecía satisfacer, al menos en cierta manera, su desmedida ambición pluralista de la humanidad. Pero a pesar de ser un continuador y un divulgador de la filosofía bergsoniana, su crítica permaneció ajena al influjo total de una determinada corriente, conservando la originalidad propia de su autor. Su gran estudio sobre Bergson, más que una continuación de su filosofía, es una verdadera ampliación, llena de nuevos pensamientos y sistemas, quizás ignorados, por la extraordinaria inteligencia del filósofo de la intuición.

El tradicional equilibrio de los escritores clásicos y el sentido estético del estilo moderno presentan un notable contraste en la obra de Albert Thibaudet, haciéndola interesante en

su pensamiento y en su forma. Se diría de su crítica que es un símbolo de lo antiguo y lo moderno. Como los grandes escritores del Renacimiento, poseía ese excepcional buen sentido que permite juzgar y seleccionar las fuentes del conocimiento, facilitando el discernimiento entre lo necesario y lo meramente ornamental. A través de la crítica diáfana de Thibaudet, los asuntos más complejos de política, filosofía, arte, literatura, parecían sencillos esbozos, que todas las gentes comprendían, sin esfuerzos dispendiosos ni complicadas interpretaciones. Sabía presentar la verdad a todos los públicos, con una sutil delicadeza, con una llana sencillez, que la hacía aparecer como una cosa perfectamente natural y comprensible. Asimismo los más insignificantes detalles de la vida y de la naturaleza eran objeto de sus preocupaciones y los podía transformar en cosas originales y profundas. De un modo idéntico al de los grandes maestros griegos, experimentaba ante los hombres y ante los fenómenos naturales una incontenible admiración, la cual comunicaba a sus escritos la serena armonía de las obras del paganismo.

El mundo literario de Thibaudet recuerda a Joubert, a Brandes y Brunnetiere, por la grandiosa vitalidad de los caracteres, superando a éstos en la asimilación de lo pasado con lo presente, a la cual se hizo ya referencia, y en la capacidad de relacionar lo objetivo con lo subjetivo. Y esta vitalidad de su obra era la vitalidad de su vida misma. Aquel provinciano vigoroso, amante de los placeres de la buena mesa, era también un pensador idealista y un auténtico representante del humorismo y la agudeza latina. Reconocía el alto valor del espíritu y la prelación de éste sobre la materia, pero al mismo tiempo no olvidaba la existencia de un organismo que sufre y reacciona ante el medio en que vive. El humorismo en la crítica de Thibaudet tuvo un gran éxito entre los lectores franceses y extranjeros, pues mediante él se permitió audacias impensadas y esclareció dudas que de otra manera hubieran resultado atrevidas. Superior a su talento humorístico es el amor que siente Thibaudet por las obras y hombres, objetos de su

crítica. Cada obra y cada autor que figura en sus diversos ensayos tenía señalada una época en su vida. De esta manera, cuando Thibaudet se ocupaba con un problema determinado, su principal preocupación era establecer, entre su pensamiento y el estudio que elaboraba, una íntima vinculación. Por esto hay como un sentimiento común entre él y sus famosos estudios sobre Mallarmé y sobre Gustavo Flaubert, sobre Mistral y sobre Paul Valéry. Y así ese inmenso humanismo y esa multiplicidad universal del pensamiento de Flaubert, Mallarmé y Valéry, era igualmente el humanismo y la universalidad del pensamiento de Thibaudet. Esta analogía existe entre su pensamiento y las obras y problemas estudiados comunicaban a su crítica una gran espontaneidad y permitían la discriminación justa acerca de los caracteres del hombre que había desaparecido, o de la obra de antiguas edades. Thibaudet tenía un arte único para resucitar cosas muertas, para animarlas y vitalizarlas. Se trasladaba a los más distintos escenarios históricos y su pensamiento se adaptaba con igual facilidad a la vida antigua que a las condiciones modernas. Consideraba necesaria, para la valoración ecuaníme de los elementos y tendencias de una obra literaria o filosófica, la identificación espiritual con su autor, si no en las ideas al menos en el tiempo, así como también la ubicación del crítico, al lugar en que la obra fue concebida y la comprensión de las costumbres de su época.

La asociación cobra especial trascendencia en la obra crítica de Albert Thibaudet. Las ideas fluyen inagotables, enlazándose las unas con las otras, con un extraordinario poder vital. Las evocaciones geográficas, las anécdotas íntimas y las más triviales aficiones de un hombre las reúne y asocia, complementa las unas con las otras, y forma con todas ellas una unidad indestructible en la cual se encuentra representada no ya una obra maestra únicamente sino toda una etapa de la historia de la cultura humana. El arte y la filosofía, la poesía y la política, se mezclan y unifican en su crítica y encuentra cada una la expresión adecuada a su sentimiento humanístico.

Estas continuas asociaciones e inferencias son la clave para la renovación y reconstrucción de épocas, de sentimientos y de costumbres olvidadas. Mediante estos métodos, Thibaudet transformaba las simples abstracciones en realidades vivientes y sin desvirtuar la esencia de las ideas de un autor, les imprimía matices nuevos, orientándolas hacia los más fecundos aspectos de la actividad del hombre. En **La campaña con Tucídides** y en **Las horas de la Acrópolis** ha demostrado a la crítica moderna la manera como puede vivirse en el pasado, sin dejar de ser moderna. Thibaudet ha introducido una nueva forma de investigar la verdad de civilizaciones y culturas pasadas estudiando los tiempos presentes, asociando unos pueblos con otros y comparando las instituciones modernas con las antiguas, para llenar mediante estos medios el vacío producido por la ausencia casi general de documentos verídicos sobre tales edades. Estas dos obras, reflejando la realidad profunda del pueblo griego, han descrito también, por un singular contraste de relaciones, el momento intelectual de las épocas modernas convirtiendo en actuales acontecimientos que se creían anticuados. En esta forma los críticos y los sociólogos modernos, sin necesidad de acudir a los datos apócrifos e inciertos de la prehistoria del hombre, encontrarán en este método de **La campaña con Tucídides** y de **Las horas de la Acrópolis**, una fuente riquísima de criteriología, de inmensa ayuda en sus estudios sociales.

Hay en la crítica de Albert Thibaudet un elevado sentimiento humanista reflejado en la ya mencionada característica de sus estudios, que podría denominarse su universal vitalidad. Cada detalle de la vida de un hombre, cada una de sus manifestaciones espirituales y físicas, atraían su atención y buscaba en ellas la explicación racional de los acontecimientos humanos, escapados comúnmente del plano ordinario de la vida. En sus estudios literarios, en sus reflexiones políticas y filosóficas, este sentimiento de la vida humana es la principal idea generadora de su pensamiento. Porque Thibaudet ha sido uno de esos hombres excepcionales de la historia que ha

experimentado un amor espontáneo por la vida en sí, por esa vida simple desprovista de los artificios de la civilización. Los grandes espíritus de la Edad Media, Santo Tomás y Erasmo entre ellos, defendieron la dignidad y la libertad de la persona humana y la unión de todos los hombres alrededor de la idea de la exaltación de la inteligencia universal y la dignificación del origen divino del mundo. Thibaudet proclamó también esta libertad del espíritu humano. Y esa noble preocupación había sido también la idea de genios como Goethe, quien creó una forma universal del pensamiento por el amor hacia la naturaleza y la vida; Nietzsche asimismo, ha ideado un ingenioso mecanismo de unión entre los hombres, fortaleciendo y educando la voluntad que condiciona los actos humanos, Kant ha lanzado al universo su célebre imperativo categórico fundado en la conciencia moral como punto de contacto entre los seres humanos. Thibaudet, filósofo al mismo tiempo que crítico, defendió el concepto puro y sencillo de la vida manifestado en las más significantes actuaciones de un hombre, sea cual fuere su condición. Veía la vida a través de las más diversas manifestaciones; en las abstracciones de las teorías estéticas y en los cálculos lógicos de la ciencia; en los fenómenos de la risa, de la circulación, de la memoria. Esta amplia manera de ver la vida recuerda en cierta manera el panteísmo naturalista de Walt Withman, por la devoción ante las cosas del universo. Mientras otros grandes ensayistas como Faguet y Sainte-Beuve han tratado de idealizar la crítica por medio de preceptos morales y estéticos, Thibaudet, en cambio, la ha utilizado para reflejar la vida tal como es; llena de alegrías y sufrimientos, de sentimientos buenos y malos, de vanidades y de humildad. Sus estudios sobre Charles Maurras, Gustavo Flaubert y sobre Bergson, serán siempre una perfecta historia de la vida del hombre, narrada por uno de los más notables críticos de la edad contemporánea.

Pero una de las modalidades más características del método crítico de Thibaudet es el sentimiento de la creación y de la evolución. Discípulo de Lamarck y especialmente de Berg-



son, encontró en el "devenir" de Heráclito la principal fuente creadora de su pensamiento, así como en la intuición uno de los medios más seguros para llegar al conocimiento. Creyó que la crítica debería ser el reflejo de esa incesante movilidad del universo y de esa inestabilidad de las pasiones y de los sentimientos que en los tiempos modernos ha originado sistemas filosóficos de la amplitud del hegelianismo, del marxismo y del pragmatismo. Sin embargo, sus ideas acerca del "devenir" como fuente de creación tienen la natural circunspección impuesta por los sistemas racionalistas que oponen la razón como fuente del conocimiento, al "devenir" como fuente de creación. Dentro de estas dos grandes corrientes de la filosofía moderna —la tendencia del racionalismo, de un lado, y la tendencia de la creación, del otro— la crítica de Albert Thibaudet ha elegido una posición imparcial, tratando de armonizar el antagonismo reinante entre creación y conocimiento y utilizando asimismo el sentido humanista de la filosofía de la creación y el sentido lógico y tradicional del racionalismo. En esta forma, sin dejar de reconocer los aportes de la razón, Albert Thibaudet ha enriquecido las tendencias filosóficas modernas y enaltecido la crítica al aplicar en sus estudios los ingeniosos métodos intuicionistas de Bergson y al buscar siempre elementos nuevos en la infinita variedad y movilidad de las cosas humanas.

Samuel Syro

ANAKREONTOS ODAI

La cultura que antes y después de Jesucristo floreció en el Asia Menor y el Archipiélago, no cede ventajas a la que se desarrolló en la primitiva Hélade peninsular. Uno de los centros de difusión de aquel florecimiento fue la comarca jonia, cuyo dialecto se prestaba mucho a la entonación épica no menos que a las cadencias de la lírica por sus cualidades armónicas

niosas (1). En esa forma dialectal cantaron Hesíodo y Homero, escribió Heródoto sus relatos, enseñó Teognis y moduló sus odas festivas Anacreonte de Teos. La privanza que ganó éste en la corte de Polícrates debíase a las prendas de su ingenio jovial, tan difícil de ser imitado como traducido. Por tal razón es muy de alabar el propósito que ha puesto en ejecución Fray Gregorio Arcila Robledo al trasladar algunos selectos epigramas de Anacreonte para regalo y provecho de cuantos amen todavía acá en Colombia los ejercicios clásicos. Tuvo el acierto de dar a las piezas vertidas el nombre de idilios, que es decir breves cuadros literarios en verso, comparables a los que el arte pictórico moderno llama apuntes y acuarelas, o caprichos el arte musical.

No yerra el Padre Arcila cuando juzga el castellano lengua aptísima para verter en ella el griego. Estuvo también muy afortunado al emplear nuestras medidas cortas, que se aproximan a los metros de arte menor que usó el poeta heleno-asiático, del cual hace el traductor un previo estudio que revela vasta información documental, del propio modo que los traslados hechos demuestran un dominio de la lengua originaria, no inferior al que poseen otros helenistas patrios como José de la Cruz Herrera, Francisco M. Rengifo, el Padre Félix Restrepo y Manuel Casas Manrique.

Entre las piezas traducidas, cuatro son las que nos han interesado más. Una de ellas está dedicada a la flor predilecta de Cipris y las Musas. La poetisa de Lesbos la había elogiado en estrofas de su invención, que interpretadas dignamente por Mrs. Barrett Browning en la edad contemporánea, son análogas a los idilios V y VI del viejo de Clazómenas. De entonces a hoy han remedado aquellas loanzas muchos vates como el galo Ausonio en la tercera centuria cristiana, y un milenio más tarde el persa Hafiz, autor de varias *kasidas* laudatorias del lujoso ornamento vegetal que alegró en todos tiempos los vergeles iraníes.

La versión de *La Primavera* es digna de alto encomio. Ahí el lenguaje romance deja oír notas que hubieran vibrado me-